

Diseño de objetos en la colonización de Caldas¹

Gustavo Villa Carmona
Magister. en Estética
Profesor Universidad de Caldas
Departamento de Diseño Visual
Coordinador Investigaciones
Estéticas y Sociales en Diseño
Visual.
gustavc.villa@ucaldas.edu.co

Recibido Agosto 15 de 2007
Aprobado Noviembre 30 de 2007

Resumen

Los objetos introducidos o fabricados por los primeros pobladores de la geografía caldense (mediados del siglo XIX), permiten suponer que cada uno de ellos fue el resultado de la aplicación de los principios teóricos que definen a la disciplina del diseño. No obstante, a través del análisis de su producción objetual, se muestra que los presupuestos teóricos de la disciplina fueron sustituidos por los aspectos prácticos inherentes a la fabricación; característica que perduró hasta las primeras décadas del siglo XX.

Palabras clave: diseño, fabricación, objetos, muebles, herramientas, colonización.

¹ El presente texto se aúna a los artículos “Mensajes en los ambientes y en los objetos en el contexto regional”, del profesor Walter Castañeda Marulanda; “Procedimientos de fabricación de objetos, mensajes y ambientes, en el contexto caldense durante los primeros años del siglo XX” y “Diseño de ambientes en el contexto regional entre 1913 y 1950”, del profesor William Ospina Toro, los cuales integran los resultados obtenidos en el proyecto de investigación “Incidencia del diseño en el contexto regional, objetos, mensajes y espacios anteriores a 1950”.

Design of objects in the Caldas colonization

Abstract

The objects introduced or made by the first settlers of the Caldas geography (mid 20th Century), allow the supposition that each one was the result of the application of the theoretical principles that define the design discipline. However, by means of the analysis of their production of objects, it is shown that the theoretical standpoints of the discipline were replaced by practical aspects inherent to the manufacture; characteristic that lasted until the first decades of the 20th Century.

Key words: desing, manufacture, objects, furniture, tools, colonization

La presencia en los diferentes municipios caldenses de construcciones objetuales (herramientas, muebles), visuales (avisos e imaginería religiosa) y arquitectónicas (edificaciones civiles y religiosas), hace suponer que detrás de cada uno de estos elementos subyace el proceder conciente y sistemático que identifica a la actividad proyectual.

Hallar los lineamientos del diseño que entre 1913 y 1950, prevalecieron en el contexto inmediato, se convirtió en la hipótesis estructural en la que se soporta el presente ejercicio. No obstante, antes de establecer si en realidad existió algún grado de correlación entre los postulados disciplinares para examinar el tipo de influencias morfológicas y sígnico-contextuales derivadas del acto de diseñar, es necesario recordar aquella condición de "anacronismo relativo a la valoración de la actividad", imperante en algunos puntos de la geografía

caldense, descrita por el profesor Ospina Toro, en el artículo *La incidencia del diseño en el contexto regional. Ambientes entre 1913 y 1950*².

Dicho anacronismo, sumado a la inexistencia de presupuestos disciplinares locales, impidió que la producción objetual, visual y arquitectónica, realizada en la región, pudiera compararse plenamente con alguna de las corrientes conceptuales o estilísticas que configuran la historia del diseño. Sin embargo, aunque en el contexto inmediato no se formalizó ningún postulado que demostrara la utilización consciente de los presupuestos teóricos del diseño, resulta evidente que en toda producción primó, sobre el valor de intercambio (económico) y los valores simbólicos (estatus), la satisfacción de requerimientos funcionales, es decir, los objetos, mensajes y espacios estaban vinculados al valor de uso; estos revelaban claramente, tanto para qué servían como los preceptos tecnológicos en ellos representados.

Si se toman como referente los dos componentes que, según Enrique Dussel (1984), se integran en el acto de diseñar: la verdad teórica que abarca la comprensión de principios disciplinares o epistemológicos y la realidad práctica-operativa relacionada con la fabricación de los objetos, cobra sentido el argumento según el cual, los principios pragmáticos, no los teóricos, sustentaron la fabricación de objetos en los primeros años de existencia del Departamento de Caldas. El análisis detallado de la producción técnica muestra que ésta no se sirve necesariamente de un trabajo experto; por ejemplo, en la manufacturación de un mueble sencillo una persona precisaba de cierto grado de destreza y la idea general del objeto que requería, algo para lo que estaba capacitado si desempeñaba oficios relacionados con el manejo de las maderas.

² OSPINA TORO, William. *La incidencia del diseño en el contexto regional. Ambientes entre 1913 y 1950*.; Este artículo hace parte de los resultados alcanzados en la investigación "Incidencia del diseño en el contexto regional, objetos, mensajes y espacios anteriores a 1950".

Pese a ésta aparente ausencia de adiestramiento especializado, los colonos generaron distintos objetos, con ellos enfrentaron y, en gran medida, superaron las adversas condiciones que se les presentaban; cada pieza materializaba o era fruto de su particular y pragmático modo entender el contexto donde se desenvolvían. Gran parte del cúmulo de saberes empleado para afrontar esa cotidianidad puede calificarse como pensamiento no sistemático o mentalidad³. En ella se mezclaban rasgos lógicos fruto de la experimentación empírica desarrollada en las actividades diarias, con ideas y procedimientos heredados.

Al parecer del pensamiento no sistemático, es difícil derivar una acepción consistente con el término “diseño”; no obstante, debe reconocerse que la mentalidad es ante todo un modelo previsivo y eficaz en el ordenamiento de las ideas, razón por la cual se constituye en a priori de las acciones; en otras palabras, antecede siempre a la fabricación de las cosas. Los diferentes proyectos (la fundación de nuevas poblaciones, la fabricación de muebles o la ejecución de imágenes), requerían de una pauta eficiente para su objetivación, y aunque por lo regular la idea no se traducía en un plano, la categorización de las acciones era constante en la mente de cada individuo.

Ahora bien, en lo que respecta a los objetos que fueron fabricados -o arribaron con los colonos-, desde mediados del siglo XIX, se puede señalar que el carácter funcional que les identificó, estaba impreso en su topografía; propiedad objetual reconocida con el nombre de prestación⁴. Sin embargo, las prestaciones no sólo señalan los usos aleatorios que de los objetos se puede hacer en la cotidianidad, también favorecen la instauración de acuerdos e ideas sobre cómo pudo o debió vivir una comunidad. En el caso de la oleada colonizadora, la mayoría de los objetos eran herramientas y sencillos muebles domésticos, cuyas fisonomías ejemplifican los aspectos de la vida en el campo.

³ La Mentalidad es el pensamiento contrario al sistemático. En ella se integran dos elementos preponderantes: primero, lo consuetudinario que ata a los humanos en torno a una creencia; segundo, el resultado cultural obtenido a través de la libertad imaginaria (en acepción arbitraria imaginaria).

⁴ NORMAN. Donald A. *La psicología de los objetos cotidianos*. Pág. 23 y siguientes.

Las prestaciones aunadas a la enumeración de las partes de los objetos, conforman la acepción más prosaica del término “objeto”⁵. Bajo esta definición se encuentran contenidos un sinnúmero de aparatos tridimensionales presentes en actividades que abarcan las faenas en el hogar, los espacios públicos, las escuelas, los lugares de entretenimiento, los medios de transporte, entre otros; Jonh Heskett señala que, en dicho conjunto acogen objetos elementales como saleros, también, mecanismos complejos como los trenes de alta velocidad (HESKETT: 2005).

Tendiendo como base dicho postulado, es posible comprobar que entre 1850 y 1900, los artefactos domésticos, más aún que las máquinas producidas por la ingeniería de la época, ayudaron a perfilar el carácter cultural de las poblaciones caldenses. Integrados en la cotidianidad rural de los colonos, herramientas de tala y labranza (machetes, hachas, serruchos y azadones), permitieron abrir brechas, establecer caminos, rozar lotes para asentamientos y sembradíos.

Estos aparejos y demás mobiliario que conformaban los utensilios transportables de la casa, resultaban adecuados para las faenas nómadas. En ese entonces, los vestidos, los muebles en madera, trastos e instrumentos en hierro o acero, representaban el total de la posesiones de la mayoría de las familias, al tiempo que designaba el tipo de labor que cada integrante debía desempeñar; en este sentido, las herramientas estuvieron asociadas con las jornadas a campo abierto llevadas a cabo por los hombres, en tanto que los muebles señalaban el ámbito doméstico donde laboraban las mujeres.

Tiempo después, los adelantos tecnológicos se hicieron presentes en la región a través de la implementación de complejos proyectos de ingeniería como lo fueron: El Cable Aéreo, el Ferrocarril de Caldas o la constitución de industrias

⁵ HESKETT, Jonh. *El diseño en la vida cotidiana*, p. 56.

como la Compañía de Hilados y Tejidos de Caldas y la Editorial La Patria, cuyas principales sedes se ubicaban en la ciudad de Manizales; las embotelladoras de refrescos Barranquilla y El Triunfo, en Aguadas; el puerto sobre el río Magdalena y la estación del tren, que durante gran parte del siglo anterior definieron el rumbo comercial, político y cultural del municipio de La Dorada. Industrias que se sumaron a la larga tradición aurífera desarrollada en los municipios de Riosucio y Marmato, cuyo origen se remonta hasta mediados del siglo XVI.

El progreso obtenido en los primeros lustros del siglo XX, gracias a la fundación de empresas, fue concordante con el espíritu comercial progresista ostentado por los herederos de los primeros colonizadores. No obstante, la presencia de importantes y sólidas industrias, los rasgos distintivos de la economía local, fueron definidos por la bonaza alcanzada hasta 1930 con el monocultivo del café; y si bien las industrias que nacieron con el siglo decayeron al igual que el precio internacional del grano, el producto agrícola pervivió permitiendo que bajo su rótulo hoy se identifique la cultural cafetera, en tanto que el ingenio industrial de las primeras décadas, lentamente fue quedando reducido a las fisonomías herrumbrosas de locomotoras y motores que hoy reposan en pedestales distribuidos en paseos públicos de las distintas ciudades.

Los instrumentos con que arribaron a la zona los primeros pobladores fueron escasos, pero suficientes para emprender la empresa de la colonización. Las herramientas demostraron gran adaptabilidad a las funciones que como útiles debían cumplir, ya que su naturaleza concordaba con los fundamentos de la estética funcional, en la que “el valor estético absoluto está en relación directa de



Monumento al agua. San José, Caldas.

forma con la función”⁶; dicho principio aplicado en el estudio de la progresión o evolución de las formas en la antigüedad, revela que desde las primeras fundaciones hasta los primeros años del siglo XX, el nivel tecnológico introducido en la región fue muy bajo, por ende, su descripción se apoya en los fundamentos de la funcionalidad propuestos por André Leroi Gourhan (1972).

El primer eslabón en la cadena de acciones que modificaron el bosque, era el desmonte de malezas o socola, dado que la resistencia ofrecida por arbustos era mínima, se requería de un instrumento de corte liviano y fácil de utilizar, del cual se aprovechara al máximo el movimiento mecánico del cuerpo humano; los machetes se adecuaron perfectamente a dicho requerimiento. El machete conserva en su relación histórica un origen similar al del cuchillo, con el cual comparte su evolución formal.

La función representada en el cuchillo se objetiva en el cortar, no obstante, este acto puede ser expresado al margen de su forma, en una ecuación precisa: “percusión, apoyada oblicua, lineal y longitudinal”⁷. La función, indica Leroi Gourhan: *“reaparece como una simple fórmula física, abstracta y despojada de toda base estética que no sea dependiente de las ecuaciones. El momento “estético” se sitúa, en el trayecto de cada forma, en el punto donde ésta se aproxima más a la fórmula”*. (Ibíd.: 296)

Aunque la forma del cuchillo reaparece en el machete, en éste la ampliación de las dimensiones permite mayor rendimiento de la fórmula funcional. Sujeto al movimiento y a la fuerza que se le imprima, la utilización y los cortes efectuados con éste instrumento se asemejan más a los realizados con la espada; esta condición permitía abrir brechas en medio de la maraña lo que facilitaban el desplazamiento.

⁶ LEROI GOURHAN, André. Op Cit. p. 291.

⁷ Ibíd. 291.

Para la tala del bosque se requerían herramientas de corte e impacto que respondieran al mismo principio práctico; los instrumentos más destacados fueron el hacha y el serrucho. El hacha, desde la perspectiva funcional, es entendida como un “filo rectilíneo corto, portado longitudinalmente por un mango que puede dar aceleración notable, y por una cabeza bastante pesada para que la velocidad del impacto corresponda a una masa susceptible de hacer penetrar el filo en la madera”⁸.

La materia en la que se objetivaba la fórmula funcional debía proveer de un lado dureza, resistencia y durabilidad, de otro, maleabilidad para sostener el filo, al igual que un peso acorde a la necesidad de transporte. Del objeto en sí, se esperaba aprovechar al máximo la aceleración e impacto, aspectos en los que se traducían la fuerza del leñador.

Al implementar el serrucho se optimizó el tiempo invertido en las labores de deforestación y la explotación de la madera, pues si bien, el machete resultaba adecuado para el trabajo con maderas blandas como la guadua, no lo era con los troncos duros que para su uso en la construcción debían ser trozados en tablas, cuarterones, listones, etc. El principio funcional del serrucho garantizaba vencer la resistencia de una materia a partir del desplazamiento de una hoja dentada, la cual se apoyaba y desplazaba en una línea recta.

Con el serrucho de aserrío fue posible señalar el punto exacto donde debían realizarse los cortes. Una vez seleccionado el árbol, dos operarios procedían a efectuar una muesca horizontal, posteriormente se acometía con el hacha en un ángulo inclinado respecto de la indicación.

⁸ LEROI GOURHAN, André. Op Cit. p. 298.

En los diferentes procesos de producción agraria, bien fuese en la roza, la sementera o la huerta, las herramientas “clásicas”, también desempeñaron importantes funciones. Instrumentos de origen antiguo como el azadón, la pala, el palín y el recatón resultaban adecuados a las necesidades del agricultor de romper la tierra, cortar raíces u obtener tubérculos.

Las armas de fuego, aunque escasas, integraron el conjunto de útiles de los cuales disponían los hombres para procurarse algunos beneficios. Las escopetas de construcción artesanal fueron relativamente populares y eran utilizadas regularmente para la defensa personal, sin embargo, fueron dedicados principalmente a la cacería, actividad para la cual se contaba con armas como los cuchillos y las lanzas. (Cfr. Padre Fabo. Pág. 44)

Como se puede apreciar mediante las herramientas se configuró el universo laboral de los colonos; de forma similar, a través de los muebles y demás objetos domésticos se puede llegar a conocer las bases en la que se soportaba su estructura familiar. Las primeras casas erigidas en la zona fueron elaboradas con materiales de fácil consecución, guadua para las bases, columnas y vigas; esterilla para las paredes y hojas de yarumo o palma para el techo; eran levantadas rápidamente y aunque modestas, resultaban adecuadas para suplir las necesidades básicas, ofrecían protección contra los elementos, aseguraban un lugar para el descanso, reservaba un sitio para la preparación de los alimentos, y tal vez lo más importante, permitía reunir a los integrantes de la familia que compartían el objetivo de colonizar.

Los primeros ranchos poco tenían en común con las casonas de bahareque de plantas complejas, paredes de tapia, ricos calados y espacios claramente delimitados, producto de la “evolución arquitectónica” desprendida del boyante proceso de consolidación económica. Los muebles que poblaron estos recintos eran igualmente modestos, posesiones de personas motivadas en parte a em-

prender su movilización en busca de cambios substanciales de su situación económica.

A pesar de lo simple de su estructura y arquitectura objetual, es factible describir los rasgos privativos de algunos de estos muebles. En este proceso se toman como referentes la primera y tercer perspectiva establecidas por Edgard Lucie Smith (1998), para quien en este tipo de estudio:

“Parece claro que el tema del mobiliario puede ser abordado, sea cual sea el periodo, desde cuatro perspectivas diferentes. La primera, atañe a la función de los muebles...La segunda perspectiva se refiere a los muebles como indicio de categoría social...La tercera perspectiva se relaciona con el aspecto técnico de la fabricación del mueble... (y), una cuarta perspectiva interesante consiste en analizar el mueble como medio para establecer un juicio puramente personal”⁹.

La primera perspectiva delimita con precisión tanto el grupo básico de muebles, como la función que históricamente han desempeñado. En lo concerniente a la función: “Un mueble puede servir para sentarse (muebles de asiento: taburetes, bancos y sillas), para colocar algo (mesas y veladores), para dormir o recostarse (camas y sofás) o para guardar objetos (muebles de caja: arcas y armarios). (SMITH,1998:8)

40

El estado nómada que distinguía al colono, le demandaba contar con una serie de contenedores en los cuales organizar y proteger sus pertenencias; en vista de que debían transitar por estrechos senderos desplazándose a lomo de mulas o bueyes, los sacos de fique, de telas impermeabilizadas y los baúles resultaban muy efectivos al momento de movilizar sus pertenencias. El baúl, cuyo aspecto asemeja al de los Cofres y Arcones antiguos, fue considerado un mueble indispensable por su función de “contenedor esencial”¹⁰.

⁹ LUCIE SMITH, Edgard. *Breve historia del mueble*. Ed. Destino S.A. Eslovenia. 1998. Págs. 8 y siguientes.

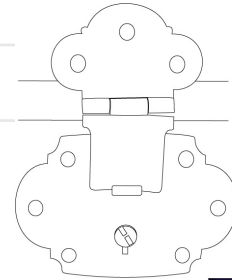
¹⁰ CORADESCHI, Sergio. *Guía de muebles*. Ed. Grijalbo.1988. p. 42.

Los baúles de viaje estaban integrados por dos componentes unidos entre sí mediante bisagras, una caja de madera para el cuerpo y una tapa plana o convexa. Piezas metálicas fijas en sus ángulos le reforzaban; contaba con asideros que facilitaban su traslado y con una chapa que hacía las veces de dispositivo de seguridad, al tiempo que aportaba trazos decorativos al conjunto.

En esta época se disponía de sencillos muebles, hasta piezas formalmente enriquecidas a través de diferentes procesos de pátina o decoración. Entre ellos se destaca el taponado, que consistía en la aplicación del tinte procedente de la disolución de la resina goma laca en alcohol imponible directamente sobre la madera; modos más elaborados comprometían recubrimientos en cueros repujados, adheridos con estoperoles brillantes en la capa externa, mientras el interior se revestía con papeles decorados o tela de terciopelo.

El mobiliario también incluía taburetes o sillas de madera, espaldar recto, sin brazos, con escasa o ninguna decoración. En la estructura del taburete se integraban cuatro segmentos de madera a un bastidor, dos tramos largos para el larguero del respaldo y las patas traseras, dos piezas cortas para las patas delanteras; travesaños en la parte inferior aportaban solidez al mueble. El respaldo y el asiento se solucionaban con piezas de cuero adosadas a la estructura con tachones metálicos.

Al igual que los taburetes, las bancas tenían como función suplir los requerimientos de descanso de las personas; las bancas o banquetas eran asientos de madera, sin respaldo, cuya topografía se asemejaba a la de una mesa larga y



Cerradura de Baúl - La Dorada



Cerradura de un baúl de viaje. Colección casa de la cultura La Dorada, Caldas.¹¹

¹¹ Ilustración Juan Alejandro López.

baja. Lo elemental de su forma y su elaboración las convertían en piezas que podían improvisarse con rapidez; en su arquitectura ingresaban tres segmentos de tabla, el más largo servía de asiento, los dos más cortos hacían las veces de soporte; travesaños diagonales puestos entre los soportes y el asiento le conferían estabilidad.

En la casa, las bancas ocupaban algunos de los espacios en los que se reunían progresivamente la familia, en la cocina cerca del fogón, a la hora de servir los alimentos; en los antejardines y corredores, al regreso de las labores en el campo. La fórmula funcional de la banca admitía que ésta fuera utilizada como herramienta en otras faenas, por ejemplo, en el ordeño una banca de escasas dimensiones ponía el cuerpo a la altura correcta de la anatomía vacuna.

Las mesas, en los primeros días de la colonización, solían ser otros de los enseres fabricados domésticamente; la acepción más difundida la presenta como un mueble de madera, compuesto por un tablero liso que reposa en uno o varios sostenes laterales. Históricamente las mesas han sido símbolos sofisticados en los que se escenifican las ceremonias derivadas de los acuerdos sociales alcanzados en torno a la religión, la política o la milicia. En el hogar, sobre sus tableros, se materializaba la autoridad paterna, la administración materna y los contextos domésticos destinados para la socialización e integración con la comunidad.

Las anteriores consideraciones señalan algunos requerimientos que para su proyectación tuvieron que enfrentar, en diferentes contextos, los artesanos, los artistas y los diseñadores, quienes fundieron en dichos muebles valores culturales con revestimientos decorativos. La mesa fabricada por el colono surgió al margen de conceptos de diseño o concordancias estilísticas espacio-temporales; ésta se ciñó rigurosamente a lineamientos funcionales, a las prestaciones y al valor de uso determinado por su arquitectura como lo son comer, escribir o jugar.

Los embellecimientos formales eran verdaderamente escasos; el corte preciso de las tablas aportaba un patrón reiterativo, al igual que las puntillas ordenadas linealmente en el punto donde las tablas se unían al bastidor. En algunos casos, los muebles rotos eran reparados con troncos de arbustos que aún conservaban segmentos cortos de las ramas, lo que introducía trazos recargados a la rígida rusticidad de los objetos; No obstante, este “abarrocamiento” parece haberse implementado luego del fortalecimiento del cultivo del café, en donde el proceso de la soca proveía de troncos que se destinaban, en las zonas rurales especialmente, a la fabricación de diferentes utensilios.

Resulta difícil establecer si cada hogar contaba con mesas diferenciadas por tamaño, uso o colación. Al igual que en los demás enseres, la fórmula funcional se impuso a la decorativa, lo que hizo de la mesa un objeto satisfactor de una necesidad básica, servir de superficie sólida elevada del suelo.

Las camas cierran el grupo básico de muebles descrito por Lucie-Smith. Al igual que las mesas, las camas han jugado un papel preponderante en lo concerniente a la historia de los enseres domésticos. En ellas han sido reflejados los acuerdos estilísticos de los diferentes periodos; su condición de elemento principal del dormitorio le confiere atributos especiales, porque si bien la fórmula funcional le traduce como un soporte elevado en el cual tenderse y descansar, los recubrimientos estéticos materializados en ropajes como colchones, protectores, sábanas, fundas, cobijas, cobertores, almohadones, baldaquinos, entre otros, dejan ver el intrincado sistema que la sociedad ha configurado en torno a la intimidad de las personas; característica que ha incidido tanto en los procesos de proyectación, como en la fabricación, convirtiendo al mueble, en periodos como el barroco, en verdaderas obras maestras de ebanistería.

El exotismo de las relaciones sociales reflejado en los muebles de dormitorio, parece detenerse y retroceder cuando se observa con cuánta simplicidad el

ornato cultural objetivado en la cama fue simplificado a la ecuación funcional elemental, de hecho, con frecuencia la arquitectura física de la cama desapareció del panorama objetual de los hogares, para dar paso a la estera. Un tejido grueso de juncos o palmas con el cual se cubre el suelo de las habitaciones. En la región caldense las esteras eran fabricadas con tallos de enea o corteza de plátano puestas como superficies para el descanso, también, a modo de protección para las cabalgaduras antes de asegurar la silla de montar.

Por su fácil adquisición, fabricación y transporte, la estera resultaba un muy buen sustituto de un mueble compuesto por segmentos amplios (cabecera o testero, pie de cama, largueros y tendidos de tablas), cuya traslado era una tarea engorrosa. Por su parte la estera suplía perfectamente los requerimientos de las personas; si se le compara, opera de igual manera que una colchoneta para campar, separa al cuerpo del suelo, lo aísla de las bajas temperaturas, otorga un grado aceptable de confort, se puede enrollar cuando no se requiere y se guarda con facilidad. No obstante estas ventajas, a medida que avanzaba la consolidación de las ciudades, los muebles superaron este estadio en el que la efectividad funcional se revertió en parquedad o, tal vez, rusticidad formal, este fue el caso de las camas y los demás muebles hallados a lo largo del estudio, los que mientras finalizaba el siglo XIX, y se adentraba el XX, recibieron el influjo de centros productores europeos y norteamericanos, aspectos que integran la segunda perspectiva descrita por Edward Lucie Smith.

La naturaleza privativa de los artefactos fue concordante con los problemas y avatares cotidianos que ayudaron a resolver. El fogón, por ejemplo, revela la primacía jerárquica de la función sobre la forma; en la raíz latina fogón, focus, no alude a un objeto concreto, sino al sitio reservado en las casas para encender el fuego. La casa de un griego o de un romano, señaló Fustel de Coulanges¹²,

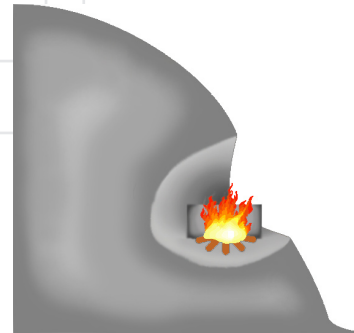
¹² DE COULANGES, Fustel. *La ciudad antigua*. Ed. Panamericana. Bogotá. Colombia. 1996.

encerraba un altar en el que debía mantenerse encendido un hogar, un fuego claro, limpio y puro, protegido de las miradas de las personas ajenas a la casa; el fuego en la antigüedad no sólo era un elemento útil y grato, algo más profundo observaban estos individuos quienes velaban porque las llamas no se extinguieran.

En las latitudes americanas el término “fogón”, indicaba el fuego de leña encendido sobre el suelo; pero con el tiempo, las llamas reposaron en la estufa, objeto central de la cocina y ésta, a su vez, simbolizó el lugar desde el cual se administraba la hacienda doméstica. La topografía básica del fogón mostraba, en primera instancia, una estructura elemental, tres piedras de tamaños similares limitaban el espacio donde se encendía y alimentaba con leños la llama; las piedras proveían el soporte elevado donde se apoyaban las vasijas en las que se llevaba a cabo la cocción.

Aún en este estadio de rusticidad, el fogón admitía variaciones, todas ellas consecuencia de las condiciones dictadas por el momento nómada que afrontaban las familias. Algunos eran tan sólo huecos con inclinaciones diagonales realizados en barrancos cercanos a las casas; en ellos la concavidad albergaba la leña y rejillas o parrillas metálicas para soportar las vasijas. No obstante, la presencia de estas transformaciones formales, el fogón rural alcanzó rápidamente la forma objetual que aún conserva en muchas regiones rurales del Departamento.

Los fogones o estufas de leña estaban conformados por dos partes, un contenedor para la



¹³ Ilustración realizada por Duván Adolfo Mesa.

Ilustración de un fogón escavado en una pared de tierra. Vereda Alto Bonito, Manizales¹³

combustión y una plataforma firme separada del piso; una mesa de madera revestida con tierra apisonada, arcilla o ladrillos, hacia las veces de mueble; sobre ésta, los ladrillos daban forma rectangular a la cavidad para la leña. Las dimensiones del mueble quedaban señaladas por la “Catalina” o plataforma metálica (hierro fundido), que contaba con una serie hornillas cuyas dimensiones podían variarse gracias a la versatilidad otorgada por dos discos que cerraban, disminuían o aumentaban el diámetro del orificio. A esta unidad básica, podían anexarse componentes para aumentar su eficiencia, entre ellos, puertas metálicas y chimeneas.

El aprovechamiento del fuego en función de suplir el requerimiento de iluminación, delimitó el aspecto de otros instrumentos utilizados por los colonos. Al igual que las herramientas, las velas, los candiles, los mecheros y las lámparas, son objetos de origen antiguo, emparentados en la misma propuesta funcional. Para sostener el fuego constante y controlado, se debía quemar el combustible que entrapaba un agente conductor (pabilo o mecha), con lo cual se obtenía una fuente de luz que podía emplearse en lugares donde la iluminación natural era reducida.

Las velas, por ejemplo, estaban elaboradas con grasas de animales; el sebo cubría directamente un pabilo; al encenderse activaba el combustible que se consumía progresivamente, sin alteraciones en el grado de luminosidad, siempre y cuando se mantuviera a salvo de corrientes de aire. Este material orgánico no sólo definía el nombre del elemento “vela de sebo”, sino que otorgaba una versatilidad amplia al objeto, puesto que la materia se utilizaba como agente reductor de fricción cuando era aplicada en serruchos, bisagras o goznes de puertas.

Las lámparas por su parte, poseían características formales más complejas. Fabricadas en hojalata, poseían un contenedor para sustancias oleosas de lenta combustión¹⁴ y un mechero. Con las lámparas se pudo controlar el grado

¹⁴ Entre ellas grasas animales, grasas vegetales como el aceite de higüerillo y fuentes minerales como el aceite mineral, el aceite crudo y el petróleo

de luminosidad porque poseían un mecanismo que alargaba o disminuía la extensión del pabilo; la llama protegida por una pantalla se mantenía a salvo del viento.

En lo que respecta a los aspectos técnicos y de fabricación de enseres domésticos, la madera fue el material más empelado. Las formas sencillas satisficieron los requerimientos de uso en los cuales se generaban, porque observaban invariablemente los valores inherentes a los útiles: *“...en la forma de un útil interfieren tres valores: la función mecánica ideal, las soluciones materiales de la aproximación funcional según el estadio étnico y el estilo que es propio de la figuración étnica”*. (GOURHAN:300)

Entre los ejemplos que ilustran a cabalidad la triada anterior se encuentran utensilios como el “beque de palo”. Antecesor de las bacinillas de metal esmaltado (la versión de mayor recordación en la región), estas bacías se obtenían de una pieza de madera, tallada hasta otorgarle la forma de fuente amplia, concordante con el objetivo de contener.

La forma del beque se allanaba perfectamente a la geometría del tronco, por lo tanto, al manufacturero le bastaba con seccionar un segmento proporcional al tamaño y destino del utensilio; luego lo labraba conservando un espesor grueso para las paredes, al tiempo que reducía el diámetro de la base, respecto de la abertura, lo que aportaba una breve inclinación a las líneas generales de la pieza; el asa estaba constituida por un segmento recto de madera, obtenido de una rama firme que se conservaba cuando el tronco era trozado. No se puede precisar si a estos objetos se les aplicara algún tipo de pátina o tratamientos de impermeabilización; si bien el ejemplo analizado presenta huellas de pintura



Beque de palo, elaborado hacia 1850. Colección Casa de la Cultura Aguadas, Caldas.

de esmalte rojizo, ésta debió ser aportada mucho después de su construcción ya que la pieza está datada hacia 1850, en el municipio de Aguadas.

Los bacines o beques son, culturalmente hablando, objetos complejos. Por la forma se asemeja a los cuencos, pero el problema a resolver lo acerca más al asiento, soportar un cuerpo que reposa en él; esto se hace más evidente si se tiene en cuenta la postura acuclillada que se asume al utilizarlo; de allí que el término beque se cargue con acepciones atinentes a rudimentarios inodoros como mingitorios o retretes portátiles.

El estadio estrictamente funcional de los objetos, ligado a las contingencias de la cotidianidad rural, paulatinamente se transformó. A medida en que las poblaciones se consolidaron como comunidades estables cuyos integrantes compartían ideas y conceptos regulares sobre su realidad y cultura, los objetos dejaron de ser definidos únicamente por la evidencia de la prestación, permitiendo que los acuerdos sociales se filtraran a través de sus formas.

La organización del espacio habitado no debe entenderse sólo como comodidad, es ante todo “expresión simbólica de un comportamiento globalmente humano”¹⁵. La vivienda y su orden doméstico; la ciudad y sus modos de administrar los constructos simbólicos liberaron, metafóricamente, a los objetos de la estricta funcionalidad.

Los primeros rasgos de esta liberalidad pueden apreciarse en herramientas como el machete, objeto que recibía un cuidado preferencial, porque no sólo era utilizado por los hombres en sus jornadas laborales, sino que también era un componente imprescindible del atuendo en las demás actividades de la integración social.

¹⁵ LEROI GOURHAN, André. Op Cit. p. 311.

El machete fue uno de los muchos objetos que al servir como satisfactores de necesidades inmediatas, permitieron el fortalecimiento de lazos afectivos por parte de sus usuarios. Barberas, relicarios, relojes, medallas, escapularios, encendedores, estatuillas religiosas, entre otros, podían permanecer en poder de una persona durante muchos años; estos objetos en numerosas ocasiones conformaban una especie de pequeño tesoro que se legaba; independiente del costo monetario o rasgo estilístico, la construcción afectiva primaba al ser considerada el verdadero valor contenido en el objeto.

Por esto, para ser portador de un elemento “culturalmente activo”, se debía poseer el conocimiento de sus modos de utilización difundidos entre el segmento de la comunidad, para la cual el objeto en cuestión era considerado pieza clave en su idiosincrasia; el carriel y las cosas en él contenidas, permiten ilustrar dichas prácticas. En éste bolso de cuero, ovalado en la parte inferior, con tapa, y una correa en punta que servía de cierre (recubierta con piel de tigrillos, nutria u otros animales), el arriero, guaquero o aserrador, invariablemente debía llevar los siguientes elementos:

Un cóngolo, la uña de la gran bestia, las muelas de la santa Polonia y los dados (para defenderse de los males y jugarse la suerte), la barbera, el mechero con yesca y eslabón, los naipes, la perica, la aguja capotera y la de arriar, el espejo de manguito de madera, la pipa o muía, el tabaco y las calillas y por supuesto la plata. En las secretas se guardaba el retrato de la novia, los cadejos de pelo, estampitas de los santos, la novena de las ánimas¹⁶.

El contenedor definía lo que en su interior debía ser contenido; cada elemento que ingresaba en sus bolsillos se relacionaba con una de las distintas actividades -sacras o profanas- imbricadas en lo cotidiano. Agujas, navajas y dinero se asociaban expresamente con el trabajo; la novena a las ánimas y las estampas reflejaban el carácter piadoso de quien las portaba.

¹⁶ www.sinic.gov.co

Sin embargo, el vivir azaroso del campesino por entre los montes, dio forma a expresiones que se aunaron al sentido que el trabajo y la religión otorgaban a la vida. Algunos de estas conductas eran licenciosos, proscritas, aún así estaban grabados en el registro de la memoria colectiva y eran conductas de socialización válidas ya que ellas hacían referencia a la intimación sentimental (retrato de la novia), al azar (dados y naipes), o la brujería (el congolo, los amuletos y las contras).

A través de estas configuraciones sociales se descubren disposiciones únicas, que señalan el comportamiento estético imbricado dispuesto en la amplitud de la cotidianidad cafetera. Las relaciones sígnico-contextuales se integraron en el universo imaginario compartido, el cual ayudó a diluir el límite que separaba las acciones y los pensamientos particulares de la realidad gregaria, haciendo de cada objeto (mueble, mensaje o espacio), un constructo afectivo, un complejo estetograma¹⁷.

Las personas se reconocen en las cosas, lo hacen porque pueden analizar los objetos como arquitecturas físicas aisladas; también les asiste el derecho de emitir juicios subjetivos sobre ellos y sobre los entornos donde las cosas habrán de residir. Dicha interacción convierte los espacios en escenarios propicios para la instauración de atmósferas exóticas y habitables al tiempo en que, quien habita el espacio levanta sobre los límites ortogonales constructos afectivos. Una vez allí, el cuerpo se despliega en relación constante con los objetos de manera no regularizada, favoreciendo la aparición de tramas estéticas mixturales, donde queda trenzado el movimiento imprevisible de lo humano.

Lo que gravita en torno de los objetos, lo mismo que transforma los espacios en escenarios habitables, son, como señaló Bachelard (1957), impresiones de

¹⁷ Los estetogramas, hacen referencia a las costumbres inscritas en el sustrato conformante de la memoria colectiva, las mismas que se graba y expresan colectiva e individualmente, señalan las relaciones emotivas que se establecen entre personas y cosas.

intimidación que, no obstante ser fugitivas o imaginarias, revelan el carácter subjetivo que otorga sentido a aquello que se agotaba sólo en su función. Así, el espacio que albergaba la antigua cafetera a vapor, por ejemplo, poco a poco se hizo escenario para el encuentro de la comunidad secular; al ingresar a un café simbólicamente se adentra en un espacio de resignificación en el que las conformaciones individuales se convierten en vivencias estéticas grupales porque, en estos sitios se hacen evidentes los dispositivos de solidaridad establecidos para la convivencia material.

Las configuraciones afectivas parecen derivar de las facetas de acostumbramiento, mezcla y mixtura que se instaura entre el cuerpo y los objetos. Dicha relación está mediada por ciertos gestos propicios o pequeños rituales que se despliegan indistintamente cada vez que se asiste a un espacio como el café; estos rituales pueden apreciarse en:

las celebraciones en torno de una taza de café, capaces de detener, momentáneamente, las labores más importantes, moviendo a los individuos a compartir sus pequeñas riquezas (comentarios, vivencias), a crear esferas significantes que se expanden como las olas del vapor de la bebida que todo lo envuelve en su atmósfera cálida y placentera". (VILLA CARMONA:14)

Así como el café dependía de la cafetera, el granero requirió de balanza. En un escenario donde los olores de los diferentes productos se entremezclaban en una esencia única, la pesa regía con determinación y exactitud los segmentos de todo aquello que se podía comerciar; reposaba sobre el mostrador compuesto de grandes cajones; allí los granos y demás productos se aquietaban libres de empaques, a la espera de reordenar sus granos en medidas exactas (libras, kilos o arrobas).

Los graneros, las misceláneas y las tiendas, establecieron territorios menos permisivos que el del café, su finalidad era negar el ocio, al hacerlo, se convertía en la esfera perfecta para las transacciones comerciales. En pos de ello, los objetos

que lo poblaban (mostrador, estantes, máquina registradora, bultos de grano, pacas de panela, grandes frascos para dulces, etc.), creaban una atmósfera de apariencia oscura, silenciosa y ordenada, distante del barullo carnavalesco característico de las cantinas, billares y cafés, algunos de los cuales perviven en los municipios de Caldas.

Los objetos que ingresaron a los espacios residenciales en el periodo subsiguiente a la oleada colonizadora, hicieron de la casa un territorio donde los valores simbólicos se sobrepusieron a la finalidad técnica que tiempo atrás definió a los muebles. En relación a la ciudad, la casa era un eco del orden social y sus estructuras; no obstante, los aspectos de autoridad económica, política o religiosa, estuvieron matizados por la individualidad subjetiva merced a la cual el concepto funcional de refugio, se tornó en atmósfera, ambiente y hogar.

Los argumentos objetuales dejaron de centrarse en las fisonomías y prestaciones de los objetos, dando cabida a valoraciones de orden simbólico en las que la objetualidad, propiamente dicha, quedaba relegada a un segundo plano. En este sentido, en la configuración de nuevos territorios (como el de la intimidad, la autoridad paterna o los regímenes matriarcales), el habitante acentuaba la importancia de la colocación al objeto mismo¹⁸; de este modo el taburete y la mesa ubicados en su propio espacio, conformaron el comedor; la banca, ataviada de adecuaciones estilísticas y subjetivada por decoraciones fisiográficas²³ se tornó en sala; la cama ayudó a definir el escenario del reposo y del amor.

¹⁸ Los estudios de Bachelard en "La Poética del espacio" y de Baudrillard en "eEl Sistema de los objetos", ilustran con claridad y suficiencia algunas formas de intimación, en donde quien habita se integra profundamente con el espacio que se convierte en su habitación.

¹⁹ El término "decoración" alude a los revestimientos fisiográficos con que los individuos cubren lo que le es dado, tanto edificaciones como objetos; es decir, las adecuaciones que favorecen la continuidad de su existencia en cualquier espacio.

Los constructos afectivos erigidos por los individuos a lo largo del periodo de la colonización de las tierras caldenses y su influencia durante las primeras décadas del siglo XX, fue posible porque para las personas los objetos devienen de una verdad efectora, pero al mismo tiempo, se transforman en receptores de la arbitrariedad imaginaria, expresión elocuente de la subjetividad que imbrica en lo efectivo grados de afectividad y reconoce en los lazos afectivos una posibilidad de integración y concordancia cultural.

Bibliografía

BACHELARD, Gastón. *La poética del espacio*. Ed. Fondo de Cultura Económica. Bogotá, Colombia. 2000.

BAUDRILLARD, Jean. *El sistema de los objetos*. Siglo Veintiuno Editores. México. 1997.

CORADESCHI, Sergio. *Guía de muebles*. Ed. Grijalbo. Barcelona, España. 1989.

DE COULANGES, Fustel. *La ciudad antigua*. Ed. Panamericana. Bogotá, Colombia. 1996.

DUSSEL, Enrique. *Filosofía de la producción*. Ed. Nueva América. Bogotá, Colombia. 1984.

HESKETT, John. *El diseño en la vida cotidiana*. Ed. Gustavo Gili, S.A. Barcelona, España. 2005.

LEROI GOURHAN, André. *El gesto la palabra*. Ed. Universidad Central de Venezuela. Caracas, Venezuela. 1971.

LUCIE SMITH, Edgard. *Breve historia del mueble*. Ediciones Destino, Thames and Hudson. Eslovenia. 1998.

NORMAN, Donald A. *La psicología de los objetos cotidianos*. Ed. Nerea. Madrid, España. 1998.

OSPINA TORO, William. *La incidencia del diseño en el contexto regional. Ambientes entre 1913 y 1950*. Obra inédita. Manizales, Colombia. 2007.

VILLA CARMONA, Gustavo. *Tramas estéticas del ocio contemporáneo*. Obra inédita. Manizales, Colombia. 2005.